

La oración en la vida corriente en las cartas de Ignacio de Loyola (I)

Antonio M. Navas

Parece suficientemente admitido que Ignacio de Loyola es una autoridad sobre oración en la Iglesia Universal. De todo el mundo son conocidos sus Ejercicios Espirituales, aunque probablemente a través de experiencias muy diversas. En ellos se trata con gran amplitud todo lo concerniente a la oración durante esos días, ya se prolonguen a lo largo de un mes seguido o se practiquen durante un tiempo indeterminado, incluidos en el flujo de las ocupaciones ordinarias del ejercitante.

Las dificultades que puedan plantearse durante dicha experiencia se solucionan en dicho libro con soltura, hasta el punto de que sus consejos al respecto son considerados por muchos expertos como prácticamente insuperables. Sin embargo, bastantes de esas mismas personas que han hecho los Ejercicios notan una gran diferencia entre lo que supone orar en un clima de recogimiento interior habitual y lo que puede hacerse de hecho cuando la vida normal impone su ritmo sin que se pueda hacer nada para evitarlo.

El deseo de responder a estas dificultades es lo que me ha movido a rastrear en las cartas que se nos conservan de Ignacio los consejos prácticos que él dio en las ocasiones en que le fueron solicitados, para ayudar a superar, en la medida de lo posible, problemas similares que se siguen planteando y a los que a veces no se aplican remedios que solucionen el conflicto no por mala voluntad, sino por ignorancia en muchos casos de que tales remedios son, como dice el refrán castellano, «peores que la enfermedad».

La oración no está reñida con el gozo de vivir

Ignacio parece tener muy claro que en una situación de agobio habitual Dios no puede comunicarse a su gusto. Por eso escribe a una viuda amiga suya, Inés Pascual, el 6 de diciembre de 1524, en los siguientes términos:

«Esto me ha parecido escribiros por los deseos que en vos he conocido en el servicio del Señor; y creo ahora, así por la ausencia de aquella bienaventurada sierva, que al Señor ha placido llevarla para así, como por los muchos enemigos e inconvenientes que para el servicio del Señor en ese lugar tenéis y por el enemigo de natura humana que la su tentación nunca cesa, creo os veréis fatigada. Por amor de Dios N.S. que miréis siempre de llevar adelante [esos deseos], huyendo siempre de los inconvenientes; que si vos bien los huís la tentación no podrá tener fuerzas algunas contra vos, lo que siempre debéis hacer, anteponiendo la alabanza del Señor sobre todas las cosas. Cuánto más que el Señor no os manda que hagáis cosas que en trabajo ni detrimento de vuestra persona sean, mas antes quiere que en gozo en El viváis, dando las cosas necesarias al cuerpo»¹.

De todo el párrafo parece deducirse que en la depresión que sufría Inés Pascual con la muerte de la amiga a la que se hace alusión en la carta, tenía bastante influencia el no haberle dado ella lo necesario al cuerpo, con lo que había sufrido un bajón de ánimo propicio a toda clase de pensamientos catastróficos. Y es fundamental para devolverle los ánimos la afirmación de Ignacio de que Dios quiere que ella viva para Dios pero con gozo. Tratándose de una pérdida personal, que siempre resulta tan dolorosa para cualquier familiar o amigo, es especialmente significativo el que Ignacio hable no sólo de paciencia o resignación, sino de alegría. Esta parece incompatible con tales acontecimientos, pero no para Dios, que sabe infundirla en la persona incluso en esas ocasiones.

La raíz de este gozo está, según él, en la identificación que se produce entre el creyente y el Dios a quien ama, porque todo lo que aquél considera como favorable para unirse más a El acaba convirtiéndose en algo apetecible y no por deformación psicológica del sujeto, sino por el mismo impulso del amor. Así lo expresa con claridad en carta a Isabel Roser, señora casada de Barcelona, gran amiga de Ignacio al igual que su marido, a 10 de noviembre de 1532:

(1) MHSI = **Monumenta Historica Societatis Iesu**, vol. 22, pp. 71-72. En adelante daremos solamente la sigla de dicha colección en que está publicado el epistolario completo. Además, la ortografía se dará adaptada a la actual, poniendo entre paréntesis cuadrados las aclaraciones que se consideren necesarias para la inteligencia del texto.

«Tamen [= sin embargo] en considerar que estas enfermedades y otras pérdidas temporales son muchas veces de mano de Dios Nuestro Señor porque [= para que] más nos conozcamos y más perdamos el amor de las cosas criadas y más enteramente pensemos cuán breve es esta nuestra vida, para adornarnos para la otra que siempre ha de durar; y en pensar que con estas cosas visita a las personas que mucho ama, no puedo sentir tristeza, ni dolor, porque pienso que un servidor de Dios en una enfermedad sale hecho medio doctor para enderezar y ordenar su vida en gloria y servicio de Dios Nuestro Señor»².

Para Ignacio lo más importante es «enderezar» la vida y «ordenarla» para gloria y servicio de Dios y comprende que los sufrimientos, ya vengan de desgracias o de contradicciones, son excelentes para unir a la persona más con El. De aquí esta forma de expresarse que coincide notablemente con la conocida frase de San Pablo: «Todo contribuye al bien de los que aman a Dios»³.

Para él, si alguien de las dificultades no sale fortalecido en el amor al Señor será por razones humanas, pero no porque Dios se complazca en atormentar a quien se fía de El:

«Porque yo no fácilmente puedo creer que una persona andando en placeres mundanos o menos dado a Dios Nuestro Señor y en su seso y juicio, que por más servir y allegarse al Señor nuestro se permita que aquélla venga en tanto caso de desesperación. Yo, que soy humano y flaco, si alguno viniese para me servir y por amarme más, si en mí fuese y fuerzas tuviese, no le podría dejar venir en tanto desastre; cuánto más Dios Nuestro Señor siendo divino se quiso hacer humano y morir sólo por la salvación de todos nosotros. Así no me puedo facilitar [= creer fácilmente] que por aplicarse a las cosas divinas, sin otra causa interna o verdadera, ella viniese a tanto suplicio y a tanto mal. Porque Dios Nuestro Señor es propio dar entendimiento y no quitar; asimismo esperanza y no inconfianza»⁴.

En esta carta dirigida a un archidícono amigo suyo, Jaime Cazador, el 12 de febrero de 1536, alude a dificultades concretas en un monasterio de religiosas, atribuidas por otros a intervención de Dios. Ignacio no está de acuerdo con este parecer, porque recuerda sin duda la conocida frase del Evangelio: «Porque si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre de los cielos dará bienes a quienes se los pidan»⁵. Admite que entre las causas de «tanto desastre» puedan darse algunas para el futuro

(2) MHSI, vol. 22, pp. 84-85.

(3) Rom, 8, 28.

(4) MHSI, vol 22, p. 98.

(5) Mt 7, 11.

por parte de Dios, pero no le cabe en la cabeza que Dios pueda tratar a quien desea ser amigo suyo peor que como nosotros lo hacemos con los nuestros. Por eso para él es una fuente continua de esperanza y no de desconfianza, como veía que era el caso con otras visiones que sobre Dios tenían algunos cristianos de su tiempo.

Estas respuestas a diferentes personas y en circunstancias distintas dejan ver claro que Ignacio no participa de quienes piensan que dedicarse a Dios seriamente lleve consigo necesariamente un descenso en lo que podríamos llamar «el gozo de vivir». Para él es cierto que Dios ama la vida⁶ y no la ha creado precisamente para frustrar a quienes han sido objeto de este don suyo. Igualmente considera a Dios capaz de apoyar a las personas incluso en sus momentos más delicados, como lo hace un buen amigo y que supone para ellos una fuente de esperanza que contribuye notablemente a la alegría de vivir.

La salud es fundamental para servir a Dios y a los otros

Ignacio no tiene nada en contra de las personas enfermas que lo son contra su voluntad, pero no acepta que se provoque esa enfermedad imprudentemente por nadie, ya que la salud es don de Dios para ser utilizado tal y como El sugiera y no al arbitrio de quien la posee. La ocasión para tratar este tema se la da la correspondencia con Teresa Rajadell, religiosa del monasterio de Santa Clara de Barcelona. La cita es larga, pero vale la pena transcribirla en toda su extensión para poder comentarla después adecuadamente:

«Toda meditación en la cual trabaja el entendimiento hace fatigar el cuerpo; otras meditaciones ordenadas y descansadas, las cuales son apacibles al entendimiento y no trabajosas a las partes interiores del ánimo, que se hacen sin poner fuerza interior ni exterior, éstas no fatigan al cuerpo, mas hacen descansar, si no es por dos maneras: la primera, cuando os quita el natural sustentamiento y recreación que al cuerpo habéis de dar. Llamo sustentamiento cuando por ocuparse en las tales meditaciones no se acuerda de dar al cuerpo su refección natural, pasando las horas requisitas. Llamo recreación, mas pía, dejar al entendimiento que discurra donde quiera, en cosas buenas o indiferentes, sólo que no sean malas.

La segunda, a muchos acaece, dados a la oración o contemplación, que antes que hayan de dormir, por hacer ejercitar mucho al entendimiento, no pueden después dormir, pensando después en las cosas contempladas e imaginadas; donde el enemigo asaz [= bastante, mucho] procura entonces de tener

(6) Sabid 11, 26.

cosas buena, porque [= para que] el cuerpo padezca, como [= ya que] el sueño se le quita, lo que totalmente se ha de evitar. Con el cuerpo sano podréis hacer mucho, con él enfermo no sé qué podréis. El cuerpo bueno en gran manera ayuda para hacer mucho mal y mucho bien; mucho mal a los que tienen la voluntad depravada y hábitos malos; mucho bien a los que tienen la voluntad toda a Dios Nuestro Señor aplicada y en buenos hábitos acostumbrada. Así, si yo no supiese cuáles son las meditaciones o ejercicios y para cuánto tiempo, y aparte lo que Cáceres os dijo, yo no podría hablar enteramente más de lo que os tengo escrito y en ésta otra vez confirmo yo; sobre todo, que penséis que el Señor vuestro os ama, lo que yo no dudo y que le respondáis con el mismo amor, no haciendo caso alguno de cogitaciones [= de pensamientos] malas, torpes o sensuales, poquedades o tibiezas, cuando son contra vuestro querer; porque todo esto o parte de ello que no viniese nunca lo alcanzó S. Pedro ni S. Pablo; mas aunque no del todo, alcánzase mucho con no hacer caso a ninguna cosa de ellas. Porque así como no me tengo de salvar por las buenas obras de los ángeles buenos, así no me tengo de dañar [= condenar] por los malos pensamientos y flaquezas que los ángeles malos, el mundo y la carne me representan. Mi ánima sola quiere Dios Nuestro Señor se conforme con la Su Divina Majestad y así el ánima conforme hace andar al cuerpo, quiera que no quiera, conforme a su divina voluntad, donde consiste nuestra mayor batallar y placer de la eterna y suma bondad»⁷.

Es notable la preocupación por la salud en un hombre que no tuvo casi ningún cuidado de la suya en los primeros años de su conversión. Fue precisamente esta experiencia suya y el constatar las limitaciones a que lo había reducido lo que le hizo comprender que su buena voluntad de entonces había sido mucho mayor que su discreción.

En esta carta a Teresa Rajadella muestra su preferencia por modos de meditar o de orar ordenados, apacibles y descansados, en los cuales sólo ve un peligro: que la persona se olvide de comer, distraerse o descansar por lo apetitoso de la experiencia. Siendo ésta una posibilidad real, no parece que en nuestro tiempo abunden quienes tengan una experiencia tan positiva en su trato con Dios. En cualquier caso, los inconvenientes que pudieran surgir de aquí son fácilmente remediabiles con un poco de atención por parte del interesado.

Continúa luego analizando otro tipo de dificultades. Se podrían resumir como las propias de los «intensos» o de los «cavilosos». Los intensos suelen ser personas que derrochan sus energías de tal manera en lo que consideran fidelidad a sus relaciones con Dios, que se agotan en la oración hasta el punto

(7) MHSI, vol. 22, pp. 108-109.

de que dificultan, y en casos extremos anulan, su capacidad de dedicación a los demás. Ignacio recuerda para éstos con gran sentido común una frase suya que tiene rango de refrán: «Con el cuerpo sano podréis hacer mucho, con él enfermo no sé qué podréis.» En cuanto a los cavilosos los ayuda con una consideración muy sencilla: no deben preocuparse de los malos pensamientos o deseos cuando junto a su atractivo normal producen en quien los sufre ganas de apartarlos de sí. Es evidente que en ese caso el sujeto paciente de esta invasión extraña sólo cuenta con su voluntad para rechazarlos y ésta basta para que no deba preocuparse más, aunque no consiga alejarlos de su cabeza. El desagrado que le producen es la garantía de que no son producto suyo, sino ajeno.

Estos consejos de mirar por la propia salud los aplicaba exactamente igual a los jesuitas a su cargo, como puede verse en este fragmento de una carta al P. Arnoldo Van Hees de 23 de mayo de 1551. En una carta recordatorio de una entrevista previa con Ignacio se le recuerda lo principal de la conversación entre ambos y se le encarga dar los siguientes avisos al P. Leonardo Kessel con la recomendación de aplicárselos él mismo:

«Advertirás al P. Leonardo (y piensa que lo mismo se te dice a ti) que no se entregue demasiado al trabajo, aunque lo tome por caridad verdadera, porque parece que no tiene en cuenta su salud corporal. Y aunque a veces suceden cosas que no se pueden dejar pasar sin que eso acarree una cierta preocupación mayor, no obstante, que no se quite horas de sueño pasando la noche en oración o permaneciendo despierto gran parte de ella, como nos cuentan quienes lo conocen bien. Lo del sueño se aplica también a la comida y a todo lo que es necesario para conservar la salud. Realmente las cosas moderadas duran, pero las que fuerzan excesivamente el cuerpo no pueden durar»⁸.

Aquí aplica Ignacio claramente a la oración la moderación como plataforma de oro sobre la que asegurar años de dedicación al servicio de Dios y de los demás. Su mayor preocupación se centra en la estabilidad y permanencia del servicio de quienes se entregan a Dios y prefiere que tanto Van Hees como Kessel oren menos a que pierdan la salud y con ello las posibilidades reales de ser instrumentos dóciles en manos de Dios para lo que El disponga. Este principio de la subsidiariedad de la oración, por la cual ésta no se convierte en un bien absoluto, es de una gran sabiduría humana, porque son muy frecuentes los casos en que por no abandonar una fidelidad a Dios (más bien entendida como fidelidad «a la oración») se dejan horas de sueño o, lo que sería peor, personas que buscan ayuda, por la estrechez de conciencia de quienes piensan que los intereses de Dios y de la gente pueden estar enfrentados en estos casos.

(8) MHSI, vol. 28, p. 485. El original está en latín. Traducción propia.

La vida invita a ser flexibles

Cuando Francisco de Borja continuaba siendo duque de Gandía en ejercicio y pensaba ingresar en la Compañía de Jesús, escribió a Ignacio para que lo orientara en cuestiones de oración y austeridad de vida. La respuesta de 20 de septiembre de 1548 empieza invitando a Francisco a no buscar moldes rígidos para la oración porque, como trato entre dos personas vivas, unas veces se expresa de una forma y otras de otra:

«Y con esto, sintiendo en el mismo Señor nuestro que, como para un tiempo tenemos necesidad de unos ejercicios, así espirituales como corporales, para otro diverso de otros diversos; y porque los que nos han sido buenos para un tiempo no nos son tales y "continuamente" para otro, diré en la su divina majestad cuanto a mí se me representa en esta parte, pues Vuestra Señoría me manda que diga lo que sintiere»⁹.

Esto contradice claramente la práctica generalizada de orar siempre a las mismas horas, o en el mismo lugar, o de la misma forma, o durante el mismo espacio de tiempo. Ignacio subraya así la importancia que tiene la discreción (o discernimiento, que es lo mismo en este caso) para ver lo más conveniente en las circunstancias cambiantes por las que atraviesa nuestra existencia.

Incluso le insiste a Francisco de Borja en algo de lo que los cristianos no suelen estar convencidos: que no es mejor para nosotros lo más sublime o más perfecto, sino lo que Dios ve como más conveniente para nosotros:

«... buscar más inmediatamente al Señor de todos, es a saber, sus santísimos dones, así como una infusión o gotas de lágrimas, ahora sea, 1.º, sobre los propios pecados o ajenos, ahora sea, 2.º, en los misterios de Cristo Nuestro Señor en esta vida o en la otra, ahora sea, 3.º, en consideración o amor de las personas divinas; y tanto son de mayor valor y precio cuanto son en pensar y considerar más alto. Y aunque en sí el 3.º sea más perfecto que el 2.º, y el 2.º más que el primero, aquella parte es mucho mejor para cualquier individuo donde Dios Nuestro Señor más se comunica mostrando sus santísimos dones y gracias espirituales, porque ve y sabe lo que más le conviene y, como quien todo sabe, le muestra la vía [= el camino]; y nosotros para hallarla mediante su gracia divina ayuda mucho buscar y probar por muchas maneras para caminar por la "que le es más declarada", más feliz y bienaventurada en esta vida, toda guiada y ordenada para la otra sin fin, abrazados y unidos con tales "san-

(9) MHSI, vol. 26, pp. 233-234. El entrecomillado de la palabra «continuamente» es del original.

tísimos" dones. Los cuales entiendo ser aquéllos que no están en nuestra "propia" potestad para traerlos "cuando queremos", mas son puramente dados de quien da y puede todo bien»¹⁰.

De lo dicho en este párrafo se deduce que en cuestiones de oración es mucho más conveniente estar a lo que Dios sugiera, mostrándose flexible a su acción, que no tener un plan premeditado que pueda chocar con la acción de Dios ya que El solamente sabe en concreto lo que mejor nos va en cada momento. La distinción entre lo que es mejor en sí y lo que puede ser mejor para nosotros es de lo mejor de esa visión certera que tiene Ignacio del problema. Francisco de Borja tendía a las metas más altas, pero sin la discreción necesaria para durar en el servicio de Dios. Y este modo de enfocar todo el asunto mira a desarmarlo de ímpetus innecesarios que, aunque muy buenos en su intención, podrían muy bien chocar con la voluntad de Dios sobre él, único modo de alcanzar lo que Francisco pretendía por medio del esfuerzo ininterrumpido.

En esta misma carta de 20 de septiembre de 1548 remacha el tema como para que no quede duda:

«... de modo que tanto deseemos los tales dones o parte de ellos y gracias así espirituales, cuanto nos puedan ayudar, a mayor gloria divina. Y así, cuando el cuerpo por los demasiados trabajos se pone en peligro, es lo más sano, por actos del entendimiento y con otros mediocres ejercicios buscarlos; porque no solamente la ánima sea sana, mas la mente seyendo sana in corpore sano [= estando sana en un cuerpo sano], todo será más sano y más dispuesto para mayor servicio divino»¹¹.

Vuelve de este modo a insistir en que lo más importante de quien se va a dedicar a la ayuda a los demás es mantenerse sano y dispuesto corporal y mentalmente con vistas a ser un instrumento idóneo en manos de Dios. Las austeridades que vayan en contra de esto tendrán su razón de ser en otros modos de entender la vida cristiana pero no en el que busca preferentemente servir a la gente con una dedicación plena.

En una carta de 21 de julio de 1554 al P. Bartolomé Hernández, rector de estudiantes en Salamanca, le aplica los mismos principios en beneficio de los jóvenes a su cargo para prepararlos con sobriedad a una entrega a Dios en la que se esperan sus dones sin impaciencia y donde no se abandona el trabajo encomendado por Dios en beneficio de otros por satisfacer más profundamente las propias apetencias espirituales:

(10) MHSI, vol. 26, pp. 235-236. Los entrecomillados son del original.

(11) MHSI, vol. 26, pp. 236-237.

«De que todos los colegiales nuestros no sientan aquel gusto de devoción que se podría desear, no es de maravillarse, porque a quien toca dispensar esta gracia la dispensa donde y cuando conviene: y en tiempo de estudios, que no poco trabajo espiritual suelen dar, es de creer que a veces supende la divina sapiencia [= sabiduría] semejantes visitaciones sensibles; porque, aunque mucho guste de ellas el ánimo, debilitase a veces el cuerpo demasiado con ellas; y también de suyo la ocupación del entendimiento en cosas escolásticas suele traer alguna sequedad en los afectos interiores; pero cuando el estudio puramente es ordenado al divino servicio es harto buena devoción. Finalmente, no se perjudicando al sólido de las virtudes y dando el tiempo que las constituciones piden a la oración, haya o no haya muchas consolaciones, no debe tenerse por grande inconveniente, antes aceptarse de la mano de Dios lo que El dispusiere en esta parte, haciendo siempre más cuenta de lo que hace más al caso, que es la paciencia, humildad, obediencia, caridad, etc.»¹².

Una primera cuestión que se desprende de estas líneas es algo que los primeros jesuitas asimilaban perfectamente de Ignacio: la ausencia de comunicación «sensible» con Dios no es necesariamente un signo de lejanía de El respecto a nosotros. Esto fue lo que el P. Diego de Cetina en el primer encuentro con Santa Teresa de Jesús le dijo, haciéndole ver que lo suyo no se debía a ningún influjo diabólico, sino a acción de Dios para mejorar su disponibilidad y su cariño hacia El. Esta ausencia de contacto aparente puede mantenerla por aliviar a la persona de un peso excesivo, sobre todo si se trata de actividades mentales como el estudio, sin que por ello se perjudique la virtud de quien pasa por esta experiencia.

El final del texto que hemos citado da los criterios para distinguir lo que es acción de Dios de lo que no lo es: si la persona, aunque no encuentre aparentemente a Dios, se mantiene paciente, humilde, obediente, caritativa, no hay nada que temer. Está en buenas manos y lo único que queda por hacer es aplicar la paciencia a esta situación concreta y esperar a que Dios se quiera manifestar de otra manera. Y no quiero dejar de subrayar esto último porque hay muchas personas que se quejan mucho de que no «ven» o «sienten» a Dios, siendo así que eso es de muy poca importancia. Lo verdaderamente importante y lo que «hace más al caso» será siempre lo de las virtudes, hasta el punto de que sin ellas no hay verdadera vida de oración por más que externamente parezca otra cosa, y con ellas la intimidad con Dios está asegurada, ya que sólo este contacto con El puede producirlas.

Antonio M. Navas

(12) MHSI, vol. 34, pp. 270.